

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Mikulov: Hermanos de armas

Una precuela de «*Diablo III: La Orden*»

Scott Brick

Dolor, sé bienvenido en mi hogar. No vivirás aquí mucho tiempo, pero mientras estés conmigo te recibo como un invitado de honor. Encontrarás paz en esta casa, pero solo hasta que complete mi tarea, y en ese momento deberás irte. Pero, hasta que llegue ese momento, te recibo como a un viejo amigo.

Con chorros de sudor bajando por su cara, el joven novicio recitó las palabras mentalmente y luchó contra la distracción del dolor que surgía del punto donde sus rodillas se clavaban en la piedra firme. El dolor palpitante parecía abarcar todo su mundo, aumentando en intensidad y propagándose hacia arriba, pero se esforzó en apartarlo de su consciencia. Quejándose no conseguiría nada; es más, le impediría llevar a cabo su tarea. Estar arrodillado durante horas sobre la implacable superficie le había producido un dolor tan intolerable que casi no podía reconocer su prueba, no digamos ya superarla. Si esa sensación incesante era lo que se interponía en su camino, entonces tendría que alterar su percepción de la misma. Solo entregándose al dolor podría sobrepasarlo.

Ya habría fracasado, lamentó el novicio, *si los maestros pudieran leer mis pensamientos.* Los monjes de Ivgorod tenían un control legendario sobre sus cuerpos, y en momentos de estrés sus mentes trascendían del mundo físico para entrar en un estado superior. Le decían que debía vaciar su mente, no solo para alcanzar su meta, sino para oír a los dioses cuando estos hablaran. Se comunicaban con todos los que escucharan, usando el viento, la lluvia, los ríos, la vida salvaje y, en el caso de Ytar, hasta el fuego como voz.

Pero ahora lo único que hablaba en esa cámara enorme y oscura era el palpito de los oídos de Mikulov, acompasado con el dolor de sus rodillas. En cualquier caso, esas sensaciones parejas y las perlas de sudor de su frente eran señales de que su cuerpo y su mente estaban en una armonía imperfecta. Mikulov se obligó a calmarse de nuevo.

Dolor, sé bienvenido...

Con una mueca, temió que nunca pudiera superarlo. ¿Cómo se podía dar la bienvenida a algo prácticamente insoportable? Había sido un insensato al pensar que podría, como había sido un insensato al entrar en la cámara viendo que no tenía salida...

En el Monasterio Suspendido, hogar de los legendarios monjes de Ivgorod, situado en el continente occidental de Santuario, en las montañas que bordeaban el bosque de Gorgorra, los niños crecían en una soledad infinita. Fueran cuales fuesen sus motivos para estar allí, todos conocían el ansia intensa de una familia. El deseo los unía, enseñándoles a valorar sus parecidos. Un único deseo los unificaba: la esperanza de, algún día, convertirse en nuevos miembros de la orden. Los que mostraban una aptitud insuficiente

para el estudio sufrían un duro despertar cuando se les indicaba que abandonaran el monasterio, pero se les ofrecía una última oportunidad: superar un desafío físico, demostrando un talento antes invisible para la instrucción y ganándose así el derecho a regresar, o ser abandonados por el monasterio para siempre.

Gachev, un chico de más edad, había atormentado a Mikulov durante años, hasta que su terquedad y su indiferencia a la disciplina del monasterio provocaron por fin que los monjes lo pusieran a prueba. El tiempo era brutalmente frío el día en que se le ordenó enfrentarse a su desafío, y las provisiones de Gachev eran escasas. El gesto de miedo abyecto del rostro del joven le dijo a Mikulov que no esperara su regreso. Y nadie de la orden había vuelto a saber nada de Gachev. Al principio, la expulsión de Gachev había causado alegría a Mikulov, hasta que se dio cuenta de que también él cuestionaba a la autoridad y que también él se enfrentaría probablemente a un desafío similar.

Mientras el gran portal del monasterio había permanecido abierto y la silueta de Gachev se había empequeñecido en la baldía distancia, Mikulov había observado el rostro arrugado del viejo maestro Vedenin. La antigua túnica del monje, su barba larga y blanca y su cabeza afeitada lo hacían casi indistinguible de sus hermanos. Lo que diferenciaba a Vedenin, en una orden conocida por su tranquilidad, era su dureza. Su vehemencia acechaba en la memoria de Mikulov. *Eres un insensato*, gruñía Vedenin. Lograba mantener una voz átona pero, aun así, conseguía inyectar vitriolo en cada palabra y desprecio en su timbre. *Tienes velocidad, agilidad y una mente aguda, pero eres orgulloso, impulsivo y débil. Te concentras siempre en los desaires y las frustraciones, y te vuelves sordo a los dioses. Tus actos traerán vergüenza a ti y al monasterio.* Mikulov volvió a oír esas palabras ese día, mientras Vedenin lanzaba su mirada desdeñosa hacia un Gachev que se alejaba. El monje deseaba claramente mandarlo a él algún día al mismo destino. Por instinto o clarividencia, Mikulov sabía que, cuando llegara su momento, Vedenin lo enviaría a su prueba.

En ese momento, Mikulov juró que no fracasaría. Por joven que fuera, dedicaría el resto de sus días en el monasterio a prepararse para el suplicio al que sabía que acabaría por enfrentarse.

Los monjes enseñaban que cada persona es un arma viviente, pero confiar en un solo recurso en todo momento era una locura. El auténtico poder de un monje, según sus enseñanzas, surgía de la disciplina y del espíritu. Por tanto, la orden exigía a sus acólitos que dominasen las armas de tres grupos: las armas de la mente; las armas del combate físico; y las más potentes, las armas del espíritu, calmando sus almas y utilizando el poder que los dioses compartían con sus siervos reconocidos. Cuando los monjes lo conseguían,

podían blandir armas más mundanas como extensión de su espíritu equilibrado. Mikulov juró que lo conseguiría.

Desde el momento en que podían caminar, los niños de la orden se criaban en compañía de armas físicas. Mikulov en particular gustaba de la daga de puño, la hoja corta que se agarraba con una mano de forma que su punta letal saliera directamente del puño, pasando entre sus dedos. Su compenetración con el arma surgió rápidamente, incluso al instante, aunque al principio se mostró reacio a su imposición por parte de Vedenin, por supuesto. Al principio, Mikulov había querido usar un arco.

—El arco es excelente para usarlo a larga distancia, pero es totalmente ineficaz de cerca —dijo el viejo monje con desprecio.

Mikulov no estaba de acuerdo; el arco mantendría a raya a sus enemigos, negándoles cualquier oportunidad de acortar la distancia.

Vedenin replicó que las mejores opciones para el combate a distancia convertían el arco en la preferencia de los débiles.

Cuando Mikulov se burló, el anciano aprovechó la ocasión para humillarlo ante todos los chicos y chicas presentes. Indicándole que tomara un arco y dos flechas, Vedenin se alejó diez pasos y se situó de brazos cruzados, con las manos ocultas en las voluminosas mangas de su túnica. —¿Qué utilizarías para atacarme a esta distancia? —preguntó.

Mikulov alzó el arco.

—Hazlo.

Mikulov, ante sus compañeros novicios, oyó el ligero cambio en la voz de Vedenin, de un intercambio de palabras a una auténtica prueba. Se aprestó a preparar la primera flecha, pero mantuvo los ojos clavados en Vedenin. Un breve gesto dentro de una de las mangas, y el astil de la flecha se rompió en la mano de Mikulov.

Vedenin redujo la distancia que los separaba a cinco pasos. —¿Y qué utilizarías para atacarme a esta distancia?

Mikulov cogió torpemente la flecha restante.

—Los arcos necesitan tiempo de preparación —declaró Vedenin—. El espíritu es instantáneo. —Su siguiente gesto fue tan hábil y sutil que Mikulov no llegó a verlo. Tanto la flecha como el arco explotaron entre las manos de Mikulov. Sus oídos ardieron con la risa de los demás alumnos.

El anciano estaba ahora a un brazo de distancia. Con ufana condescendencia, preguntó: —¿Y a esta distancia?

Mikulov lo observó con furia. —Mis manos desnudas.

El movimiento de la mano de Vedenin llegó con más rapidez de la que habría debido permitirle su edad. La punta y las hojas infinitamente afiladas de una daga de puño pasaron tan cerca de los ojos de Mikulov que notó cómo el filo cortaba el aire.

—Inténtalo —murmuró Vedenin con suavidad. Sus palabras solo llegaron a Mikulov.

Aunque humillado por la lección, Mikulov era lo bastante inteligente como para captar su sabiduría. Sus sorprendentes elegancia y equilibrio no tardaron en volverlo formidable con su arma de corto alcance, y el sonido de sus esfuerzos se oía a menudo en el campo de entrenamiento. Poco a poco, acabó siendo un maestro de la daga.

El dominio de la mente y el espíritu, no obstante, seguía siéndole esquivo.

La auténtica destreza surgía de algo más que ensalmos pronunciados ante pergaminos arcanos. No, la antigua orden creía que la fuerza de los dioses estaba en todas las cosas, vivas o inertes, y que por tanto el poder debía de fluir por toda la creación. De ahí que los practicantes del Monasterio Suspendido pasaran sus vidas aprendiendo a sentir esa fuerza allá donde estuviera y a manipularla para los fines que sirvieran a los Patriarcas, la voz de los dioses en Ivgorod.

Un día, cuando su daga de puño era un borrón para los que la observaban golpear el poste de madera que hacía las veces de enemigo, la concentración de Mikulov era tan pura que su mente conectó de forma refleja con la resonancia cinética del poder de los dioses. Aunque la acción se produjo por casualidad, y aunque solo hizo uso de una fracción de la fuerza disponible, su arma golpeó el poste con algo más que fuerza física. Chispas de luz azul surgieron de la hoja de Mikulov y una onda expansiva derribó a varios espectadores. Las ondas se expandieron hasta los muros del monasterio. Dos huérfanos asombrados corrieron a llamar a sus ancianos maestros, aunque la molestia no era necesaria. Los monjes del Monasterio Suspendido pasaban todos los días entregados a la contemplación de su entorno, esperando señales de los dioses. Una prueba tan clara de lo divino no podía escapar a su atención.

Mikulov, ya hábil con las armas físicas, había dominado su mente y su espíritu lo bastante como para hacer algo extraordinario. Sabía que su prueba seguramente llegaría muy pronto. Cuando el rostro severo e inmisericorde de Vedenin apareció y clavó su mirada

en el suyo en el campo de entrenamiento, Mikulov comprendió que la posibilidad se había convertido en certidumbre.

En los días siguientes, Mikulov se esforzó por dominar su recién descubierta habilidad para poder invocar el poder a voluntad.

La fuerza aparecía cada vez más rápido y con más fiabilidad cuando se concentraba por entero en el efecto deseado. Su contacto inicial había sido burdo y torpe, y de una brevedad exasperante —de haber sido algo físico, lo habría tentado con los dedos y se le habría caído—, pero aun así le demostró que podía hacer surgir ese poder y dirigirlo, incluso magnificarlo.

Diseñó sus propios ejercicios y los repitió de forma incansable.

Fija tu mente con firmeza en la necesidad de liberar el poder mediante la propia hoja. Concéntrate en ese requisito. Enfoca tu determinación; deja que tu deseo libere ese flujo de energía desde tu mente hasta cada fibra de tu cuerpo y tu espíritu.

Tras conseguir algunos éxitos limitados, descubrió que la clave no era solo la concentración.

Debes concentrarte, pero nunca precipitarte, moverte sin prisa pero con decisión inamovible.

Siempre intentaba recordar que, como el poder de los dioses era un regalo, apurar su generosidad era egoísta e irrespetuoso.

Los dioses te concederán lo que necesites cuando lo necesites. Tu deber es simple: concentrarte en el instante elegido por los dioses.

Los detalles sobre la composición de las pruebas a los iniciados se contaban entre los secretos mejor guardados del monasterio. Los que fracasaban eran expulsados de inmediato, pero los pocos que tenían éxito permanecían reclusos en estudio diligente, a menudo durante décadas, ya inaccesibles a la curiosidad de sus compañeros más jóvenes.

Aun así, emergían rumores sobre reglas generales.

Junto a una única arma de su elección (en el caso de Mikulov, la elección estaba clara; había de ser la daga de puño) a los iniciados se les concedía un mantra, inscrito en un pergamino por los maestros, para que lo llevaran consigo. Podía ser de la naturaleza que

quisieran. Por mucho que lo intentara, Mikulov no lograba decidir cuál elegiría. Cada noche daba vueltas y se devanaba los sesos en la búsqueda de la huidiza respuesta.

¿Qué será esencial para mi supervivencia?

Al final, la elección fue tomada no por un razonamiento, sino por miedo.

Cuando se plantó ante la reunión de los maestros del Monasterio Suspendido, le ofrecieron una enorme variedad de pergaminos. Como el sol no había salido aún, los pergaminos brillaban a la luz de las antorchas. Algunos eran voluminosos; otros eran poco más grandes que su dedo meñique; unos cuantos estaban atados con ornamentos y sellados con intrincadas insignias.

—El propósito de tu prueba —dijo Vedenin (y naturalmente fue Vedenin quien se dirigió a él)— es demostrar tu capacidad de someter tu mente, tu arma y tu espíritu a la voluntad de los dioses. Para alejarte de tu propio altar e inclinarte ante el suyo. —La sonrisilla de su rostro en apariencia benigno revelaba la escasa fe que tenía en el novicio.

Cuando Mikulov dudó, sintió el juicio de los maestros desde dentro de los muros, y desde fuera, incertidumbres y peligros físicos que lo acechaban. Su vacilación dio paso a lo que en ese momento se convirtió en una elección obvia: el mantra de curación.

Con el pergamino enrollado, le entregaron una hoja de papel doblada, sellada con una impresión del emblema del monasterio en cera. Su directriz era clara: abrir el papel dentro de siete días, tras una semana de rezo y meditación durante la cual debía prepararse. Solo al amanecer del octavo día debía romper el sello de cera y recibir nuevas instrucciones.

Al alba, Mikulov salió del santuario. De forma instintiva, caminó hacia el este, adentrándose en las montañas que rodeaban Ivgorod. Solo llevaba el pergamino y el papel doblado, y a la cadera, la daga de puño en su vaina. No tenía comida porque debía ser una semana de ayuno, ni agua, porque alguien que no podía encontrar formas de saciar su sed nunca podía aspirar a lograr la sabiduría exigida a los monjes del Monasterio Suspendido.

Si era incapaz de localizar agua en la primera semana de su prueba, así serían las cosas. Habría fracasado, y muerto, antes de oír siquiera las voces de los dioses, no digamos ya intentar cumplir su voluntad.

La semana comenzó en calma y tranquilidad. Mikulov hizo del agua su principal prioridad, así que viajó hacia una cresta de encrespadas colinas que había visto durante años desde la ventana de su dormitorio, una cordillera que acababa por encontrarse con las Montañas Kohl al sur. Confiaba en poder encontrar un arroyo en la base, aunque no tenía más motivos para estar seguro que el hecho de que el agua siempre baja por las colinas.

Podía oír a los maestros diciéndole que a menudo los dioses hablaban así, mediante la mezcla de conocimiento, instinto e intuición que era el método de pensamiento del adepto. Su confianza obtuvo recompensa: en la base de la cordillera había un lago de aguas oscuras pero limpias, alimentado por un riachuelo que descendía entre rocas enormes. Mostrando obediencia en dirección al regalo, Mikulov tomó un largo trago para refrescarse tras un largo día de camino y para hidratarse en vistas a la semana que le esperaba. Estaba feliz por haber hecho el descubrimiento tan pronto, pues sabía que seguramente era el más importante de su prueba; en el abrasador calor del verano, el agua era su necesidad esencial.

Decidió buscar un refugio cerca del agua, ya que permanecer cerca de la fuente de la generosidad de los dioses parecía acorde con un corazón agradecido.

Sabía que en las montañas la oscuridad caía con rapidez, y pronto encontró un trozo de terreno menos duro que el resto, bajo un saliente de roca. También reconoció estas cosas como regalos, y dio gracias antes de acostarse.

Al despertar, estableció la rutina que seguiría los seis días siguientes. Fue al lago y se lavó de la caminata del día anterior. Era el mes más caluroso del año, cuando incluso las noches resultaban tremendamente incómodas. Sudaría sin hacer ningún esfuerzo, y Mikulov quería acercarse a los dioses cada día limpio e inmaculado. Ante la más leve indicación de luz, se metió en el agua y se sumergió. Contuvo la respiración todo el tiempo que pudo, rezando siempre a los dioses para ser digno de ellos. Se bañó y repitió las oraciones con cada sucesivo amanecer.

Esperaba que los días pasaran en calma y silencio contemplativo. Se sentía totalmente tranquilo y en paz completa, no habiendo visto obstáculos que superar ni depredadores que vencer. En la quietud de su tiempo a solas no dijo una palabra.

Pero la semana no fue en absoluto tranquila, pues Gachev vino a visitarlo, y Gachev fue, como siempre había sido, ruidoso.

El cuarto día, cuando el sol estaba en su cénit y la temperatura era brutalmente elevada, su compañero huérfano le habló por vez primera. Mikulov había hecho su costumbre quedarse cerca de su lugar de descanso, pues el saliente le proporcionaba muchas horas

de sombra, incluso con el sol en su cúspide, cerca de un suministro abundante de agua. Sabía que cuanto más tiempo pasara bajo la luz directa del sol, más energía perdería. Solo salía de las sombras cuando era necesario para acercarse al lago y recuperar el agua que había perdido al calor del día y la noche. A pesar de sus precauciones, pronto empezó a sentir los efectos de una lenta deshidratación.

Fue en el primer momento de aprensión de Mikulov, aproximándose a la duda, cuando la voz burlona le habló.

—¿Qué te hace pensar que tendrás éxito donde yo fracasé?

Mikulov abrió los ojos y observó desde las sombras. Frente a su campamento, extendido directamente bajo el sol, yacía Gachev, vestido con las ropas que llevara el día en que abandonó el monasterio. No parecía distinto. ¿Cómo, después de tantos meses en las montañas, podía la túnica de Gachev no estar harapienta, ni su piel sucia y descarnada? Pero estaba recostado tranquilamente, como si el calor abrasador lo relajara, y contemplaba a Mikulov con indiferencia. —Mi primer día aquí también me sentí desgraciado, seguro de no volver a experimentar otro instante de alegría. Pero ver a otros insensatos intentando sobrevivir a estas semanas infernales en la espesura me enseñó a reír de nuevo. —Alzando una ceja, como consternado, estudió a Mikulov—. Con entusiasmo —añadió.

Mikulov estaba tan sorprendido que casi habló en voz alta.

No estaba sujeto a ningún voto de silencio, aunque se suponía que solo en silencio permitirían los dioses que se les oyera. Así pues, a pesar de la mofa, Mikulov frenó su lengua. Se limitó a observar a Gachev a través del sudor que le picaba en los ojos a aquel muchacho que debería estar muerto.

¿Muchacho o aparición? Dados su aspecto sin cambios y su sigilosa llegada, Mikulov barajó que Gachev podría ser producto de su imaginación, un espejismo invocado por el calor y la soledad.

Cuando Gachev volvió a hablar, su voz había perdido su filo burlón y sus palabras tocaron un miedo tan bien escondido que conmocionaron a Mikulov. Hablando con monotonía, Gachev dijo: —Ninguno de nosotros triunfa. Ningún novicio ha logrado superar su prueba. Ninguno lo hará.

Los días de hambre se tornaron rápidamente en días de duda desgarradora, cada sensación empeorada por los comentarios irónicos de Gachev. Las implicaciones de lo que Gachev decía, y lo decía repetidas veces, alimentaban un deseo creciente de romper

el sello y comenzar su prueba antes de tiempo, o incluso de romper el papel doblado, sin abrirlo, en mil pedazos. Mikulov empezó a aventurarse más lejos de su refugio de roca y del lago, pero Gachev siempre estaba cerca, riéndose sin alegría de los esfuerzos del otro muchacho por mantener su vigilia.

Con el paso de los días, las burlas y preguntas generaron teorías ciertamente plausibles. Los maestros del Monasterio Suspendido nunca ascendían a nadie de entre las filas más jóvenes y rebeldes; los acólitos nunca llegaban a ser monjes. Los maestros eran, a fin de cuentas, excesivamente selectivos a la hora de elegir a qué monjes aceptaban. Cuando los sumisos acólitos completaban sus estudios, servían simplemente de mano de obra gratuita hasta que daban demasiados problemas, momento en el cual los enviaban a pruebas mortales para ser sustituidos por una nueva generación de devotos crédulos. ¿Era así como el Monasterio Suspendido había sobrevivido a través de los siglos?

Mikulov comprendió que sus miedos habían tomado el control, haciendo que su mente viera portentos y ardidés que no existían. Intentó refutar la duda recordando a algún huérfano que hubiera regresado victorioso de su prueba, pero no pudo. Se decía que los que triunfaban eran separados de sus antiguos compañeros para eliminar la más mínima distracción de los estudios superiores, que debían ser su recompensa en los años venideros.

Las insinuaciones de Gachev tenían sentido.

—Eres un idiota, Mikulov —decía—. Eres orgulloso, impulsivo y débil. Tus actos aquí fuera no te convertirán en monje. Solo te llevarán a la tumba anónima que compartirás con tus hermanos.

El ominoso pronunciamiento le recordó las incontables predicciones funestas de Vedenin de que los actos de Mikulov traerían el oprobio para él y los demás novicios. Ahora como entonces, Mikulov decidió creer lo contrario, contemplando una vez más el aspecto immaculado de Gachev y el eco de las palabras de su despiadado maestro. Juntas, sus exhortaciones ponían nombre al terror que albergaba Mikulov: no a la muerte, sino a la vergüenza ante la muerte. El chico que quería ser monje decidió que Gachev era producto de su imaginación, un compañero ilusorio que le recordaba su soledad en esta semana de preparación en las montañas.

Sus burlas son la voz de mis propios miedos.

Así pues, el último día, cada vez que Gachev abría la boca, Mikulov endurecía su corazón contra él. Gachev se burlaba de sus esfuerzos, pero Mikulov se decía que el muchacho no era más que una quimera nacida del sudor, el dolor y la duda no disipada. Al séptimo día de su prueba, Mikulov había convertido a Gachev en irreal.

Pero entonces el muchacho le salvó la vida.

Cuanto más anticipaba Mikulov la mañana siguiente, cuando rompería el sello de cera y recibiría sus instrucciones, más deseaba aferrarse a su destino en el primer momento posible. Recibiría el día desde la cumbre misma de la montaña, donde el alba despuntaría antes que abajo. Aunque sería un viaje arduo por una pendiente pedregosa, el reto parecía valer la pena, aunque fuera para dar fin a su agonía unos minutos antes.

Así que partió. El sol había pasado su cénit, pero el calor persistía y solo parecía empeorar. A pesar de ello, comenzó su ascenso para llegar a la cima con mucho tiempo de luz por delante y para pasar su última noche de oraciones y meditación más cerca de los dioses. No pensó mucho en el agua, pues la ruta que había dibujado lo mantendría cerca del arroyuelo que alimentaba la laguna de su campamento.

Gachev no dejaba pasar ninguna oportunidad para decirle que había partido sin prepararse.

Al principio Mikulov confiaba en que el agua seguiría siendo accesible según escalara, pero inevitablemente el calor y sus esfuerzos hacían que la lengua se le hinchara de sed. Sintió la tentación de volver, pero al mirar atrás y ver que estaba mucho más cerca de la cima que del campamento, siguió adelante.

—Es ridículo tanto esfuerzo.

Mikulov, su aliento ya jadeante, hizo caso omiso de su acompañante indeseado.

—Te apresuras a llegar a ninguna parte, solo a una muerte temprana.

Cada roca trataba de retorcer el tobillo de Mikulov, cada grieta intentaba atraparle un pie para dejarlo cojo.

—No ofreces a los dioses más que entretenimiento.

Mikulov estaba tan debilitado por el sol y su agotamiento que temió sucumbir a los peligros del terreno. Si se rompiera un hueso, se vería obligado a usar su mantra de sanación de forma prematura, y quedaría desamparado en un momento de mayor necesidad.

—Los mil y un dioses carecen de poder.

Al oír ese insulto imperdonable, Mikulov sintió el impulso de descargar su rabia, pero recordó otra de la letanía de admoniciones de Vedenin: *Los dioses están en todas las cosas,*

tanto físicas como espirituales. En ese caso, también debían de estar en la furia de Mikulov, que le proporcionó energías renovadas para gritarle a Gachev. Era una energía que debía canalizar y utilizar, no desperdiciar con un espectro. *No te tragues la rabia ni la apartes a un lado. Siéntela. Utilízala.*

Con una nueva fuente a la que recurrir, Mikulov continuó su ascenso.

Alcanzó la cumbre cuando caía la noche, un promontorio que terminaba en un acantilado. Estaba tan enervado que no perdió tiempo en buscar un sitio para descansar. Guiñando unos que escocían con un fuego ardiente, se arrastró alejándose del borde hasta que estuvo seguro de que no se caería, y se desplomó sobre la rocosa superficie.

Despertó en una fría oscuridad. El entumecimiento de sus articulaciones le indicó que no se había movido. Necesitó varios intentos para abrir los ojos, y cuando lo consiguió vio a Gachev sentado en una roca cercana, moviendo la cabeza en un silencio afectado. Cuando la luz del alba trajo un azul claro al horizonte del este, Mikulov trató de levantarse, pero no pudo. Dormir no había supuesto una gran diferencia. Estaba exhausto. Mikulov se quedó tumbado bajo el cielo y meditó sobre sus circunstancias. El sol pronto coronaría el horizonte, pero él no sentía nada, separado de su cuerpo. Extrañamente, ni siquiera sentía el familiar impulso matutino de hacer sus necesidades. Lo consideró una mala señal. Su cuerpo carecía del agua necesaria para sobrevivir en las montañas; no había logrado prepararse para estas condiciones extremas. Sus pensamientos fueron un eco de la maldición de Vedenin: *Fracasarás antes siquiera de empezar.* Mikulov añadió su propia imprecación silenciosa.

—Sí —asintió Gachev, pronunciando las palabras de la mente de Mikulov—. Eres un idiota.

Una vez más llegó la rabia. *Quiere que fracase,* pensó Mikulov, pero de nuevo controló su furia. A pesar del dolor de su cuerpo, Mikulov usó la rabia para levantarse. Al ponerse en pie, los primeros rayos del amanecer tocaron su frente.

Se detuvo mientras se le pasaba el mareo, miró hacia abajo y vio el papel doblado en su mano. Había estado a salvo en el bolsillo de su túnica durante siete días, y no recordaba haberlo sacado. Sus dedos temblaron cuando intentó introducirlos debajo del doblez del sello. Se sintió avergonzado por el esfuerzo necesario para romper el trozo de cera. Cerró los ojos un momento y luego extendió el papel para leer su contenido.

Dentro.

De repente, Mikulov estaba demasiado cansado para sentir enfado. ¿El papel solo contenía una palabra? ¿Qué clase de tontería era aquella? "Dentro" no era una instrucción; era un error. Sus maestros se habían equivocado, confundiendo quizás lo que debían darle con una orden más prosaica para otro muchacho a su servicio. En ese preciso momento, uno de los demás huérfanos, esperando encontrar indicaciones para sus tareas diarias, quizás estuviera maravillándose ante las instrucciones meticulosas para la prueba en la naturaleza de Mikulov. La idea era tan absurda que resultaba cómica. Amenazó con hundirlo, dejándolo frenético y desconcertado en la cima de la montaña. Mikulov reprimió el duro júbilo que surgió en su interior. Su risa solo daría satisfacción a Gachev.

No se atrevió a afrontar a los dioses. El mensaje no podía haberle llegado por error. Se devanó los sesos para ver cómo esa palabra podía encajar en sus circunstancias. Tenía que haber algo que había pasado por alto.

Dentro.

Mientras su mente daba forma a la pregunta *¿Dentro de qué?* la mirada de Mikulov se posó sobre lo que parecía la entrada de una cueva. Se abría en la roca a medio centenar de pasos, en la ladera contraria a la que había escalado. Sobresaliendo de la cara de la pendiente, cubierta por un arco intrincadamente elaborado de no más de un brazo de anchura, la boca de la cueva lo llamaba.

Dentro.

¿Cómo podían saber sus maestros que escalaría esa montaña? No le habían dado instrucciones sobre en qué dirección caminar. Solo el instinto lo había guiado.

Las palabras de Vedenin en la juventud de Mikulov aparecieron en su mente sin invitación. *Lo que consideras instinto es en realidad la indicación divina de los dioses.* ¿Habían estado sus viajes dirigidos por una comunicación que había oído sin saberlo? En ese caso, era de suponer que también sus maestros habían sido guiados de este modo, preparando ese mensaje de una sola palabra sin saber, cuando el momento llegara, qué significaría para el novicio sometido a la prueba.

El portal no ofrecía respuestas. Los rayos de la mañana, bajando por la pendiente a sus pies, calentaron rápidamente la roca circundante. Vio que ese día sería todavía más intenso, más abrasador que el anterior. Ya fuera el lugar designado por los dioses para su prueba o solo una casualidad, Mikulov sabía que la cueva al menos le ofrecería protección contra el calor.

Con el agotamiento y la voluntad batallando en sus músculos exhaustos, Mikulov bajó tambaleándose con torpeza. La gravedad, más que la intención, lo llevó hasta el portal. Sin

saber nada de lo que yacía en la oscuridad, Mikulov entró dando tumbos y dejó que esta lo rodeara. *Dentro.*

Solo vagamente se preguntó por qué Gachev se quedaba atrás.

Según descendía, la impresión que le daban sus alrededores era de algo inconcebible; esas estancias no podían existir. Que hubieran sido excavadas —no, talladas de forma intrincada en las tripas de la montaña— ya resultaba difícil de imaginar, pero el hecho de que aún fuera capaz de ver, muy por debajo de la superficie, era todavía más difícil. Al principio, siguiendo el descenso de la basta escalera, supuso que la luz del día se filtraba hasta él, aunque después de bajar lo que debieron de ser cien pasos, supo que aquello era imposible. Hasta la fiera luz del sol de la cumbre era demasiado débil para penetrar hasta allí, y pozos ocultos o grietas invisibles en la roca no podían explicar esa iluminación. Por fin, un largo pasillo nivelado se abrió ante él, y Mikulov comprendió que lo que sus ojos contemplaban era totalmente distinto a todas esas nociones, aunque igual de imposible: las propias paredes contenían un suave brillo que bombeaba en su interior.

¿Qué es esto? se preguntó Mikulov. Estudió la piedra de las paredes que lo rodeaban. Ciertamente, la luz fluía como si fuera sangre. La iluminación se movía a un ritmo constante, pulsaciones que seguían los latidos de su propio corazón.

¿En qué infierno me he metido alegremente?

Mikulov se preguntó si lo que había presenciado hasta entonces coincidía con lo que sabía sobre el comportamiento de los dioses. *Sé que los dioses nos hablan mediante señales, tanto en la naturaleza como en las obras de los hombres. Es más, los dioses están en todas las cosas,* pensó, y la luz dentro de la piedra casi parecía gritar que era obra de los dioses. Por tanto, esos escalones, ese pasillo —claramente excavado por hombres— había de ser una manifestación de la voluntad de los dioses. Al no ver nada que lo contradijera, Mikulov se detuvo un momento a considerar su mensaje.

Era difícil concentrarse; la sed no dejaba de entrometerse en sus pensamientos, y aunque permanecía inmóvil, los músculos de sus muslos temblaban por la tensión. Las privaciones que había soportado durante siete días y siete noches habían causado profundos estragos en su cuerpo, y por tanto también en su mente. Incluso cuando realizaba tremendos esfuerzos por suprimir su incomodidad, seguía sin poder concentrarse.

Sus pensamientos volvieron a Gachev, y Mikulov se preguntó por fin por qué el muchacho no lo había seguido en su descenso. Cuanto más se animaba a meditar sobre el mensaje de los dioses, más parecía interferir Gachev en su concentración. El muchacho había

anticipado, saboreado incluso, la decepción de Mikulov durante días, así que ¿cómo podía ahora dejar pasar la ocasión de regodearse en la confusión y el inminente fracaso del novicio?

Mikulov elevó el rostro hacia la mínima luz parpadeante en la cima de las escaleras que acababa de bajar. Estirando el cuello para ver más allá de los salientes de roca, Mikulov vio a su torturador. El muchacho mayor se erguía solemne, observándolo en silencio. Ni pullas, ni burlas, ni provocaciones. Solo callada vigilia. Gachev parecía defender las escaleras ante cualquier cosa que pudiera seguir a Mikulov hacia su perdición.

¿O bloqueaba el ascenso de Mikulov de vuelta al aire fresco y la luz del día?

Viendo a Gachev tan lejano en las alturas, viendo cuánto se había adentrado en las oscuras profundidades de la montaña, Mikulov sintió miedo. Le hizo gestos a Gachev. Señalando hacia delante, hacia las sombras de la estancia, indicó al muchacho mayor que lo siguiera.

Gachev se quedó donde estaba. Solo negó con la cabeza. —Esta prueba es tuya —sus palabras cayeron sobre Mikulov como una lluvia pesada y fría—. No seguiré adelante.

Con un nudo formándosele en la garganta, Mikulov se dio la vuelta hacia la estancia. Se concentró de nuevo en la luz que parecía viva en las paredes. El ritmo de las pulsaciones, aunque suave, le llegaba en forma de sonido, no solo de visión. Al estudiar esto, Mikulov vio y oyó cómo los latidos indicaban una dirección hacia las sombras al final del corredor. Aunque no era la señal que esperaba, distinguió lo que era: una clara sugerencia de que avanzara. Mikulov obligó a sus miembros a ponerse en acción y caminó con dificultad hacia la oscuridad a la que lo impulsaba la luz en movimiento.

Supuso que lo esperaba un laberinto, o una siniestra necrópolis que se alzaría para tragárselo, pero Mikulov no tardó en encontrarse en la entrada de una cámara vacía pavimentada con bloques de piedra. Aunque la sala, tan dentro de la montaña, no tenía otra puerta, brillaba con una luz nacarada de una inmensa gama de colores, todos ellos teñidos de rojo. La sala contenía la muestra más asombrosa de sutiles tonos de un solo color, rojos que Mikulov nunca había visto o imaginado, contrastados y enfatizados por brotes ocasionales del líquen verde que crecía entre las piedras. El color difuminaba la luz, cuyo latido ardiente palpitaba ahora desde las paredes.

¿Puede ser esta mi prueba? Aquí no hay nada.

Cuando Mikulov levantó el pie para entrar en la cámara, la voz de Gachev se elevó a su alrededor—: ¿Vas a entrar tan alegremente en una habitación sin salida?

Mikulov sintió la tentación de volver la vista en la dirección por la que había venido, pero sabía que Gachev no lo había seguido. La voz estaba en su mente, la voz de su miedo.

Sopesó ese miedo contra todo lo que creía cierto. Habiendo confiado hasta ese momento en que los dioses le habían enviado señales, no iba a cambiar de rumbo ahora. Mikulov pisó valientemente el suelo de piedra de la habitación.

No cayeron barrotes tras él; el agua no inundó la cámara, ni se cerraron las paredes para aplastarlo. En su lugar, la energía centelleante que contenían palpitó con un ritmo regular. La dirección del pulso cesó cuando entró en la sala. Estaba donde los dioses querían.

¿Pero qué debía hacer allí?

Esperó. Incluso con las paredes llevando el ritmo, perdió la noción del tiempo que había pasado quieto, ya que sus circunstancias, momento tras momento u hora tras hora, eran enloquecedoramente iguales. Había obedecido a sus instintos, lo que tomó por la voluntad de los dioses, pero Mikulov había llegado, exhausto, a un callejón sin salida. La sangre de sus sienes ardió de nuevo mientras el ritmo de su corazón se aceleraba. Su furia le trajo de nuevo la consciencia del tiempo. Llevaba allí una eternidad. La frustración le dijo que abandonara la estancia de inmediato.

Pero algo lo detuvo. Miró el interior de su mente y vio el rostro de Vedenin, sonriendo a su llegada a las puertas del monasterio, envuelto en un manto de fracaso. No soportaría esa vergüenza ni aunque tuviera que esperar eternidades infinitas. Los dioses hablarían, pero en el momento elegido por ellos, no por un simple novicio.

El fulgor que lo rodeaba adquirió una cualidad más sombría. *Acata las determinaciones de los dioses*, parecía decir. *Quédate quieto y espera su voluntad.*

La paciencia nunca había sido el mayor atributo de Mikulov. Obligó a sus rodillas a doblarse y asumió una postura de sumisión sobre el suelo. Cuando el dolor fue excesivo para su cuerpo enervado, pronunció palabras en silencio para calmar su espíritu y separarse del dolor. *Dolor, sé bienvenido en mi hogar. No vivirás aquí mucho tiempo, pero mientras estés conmigo te recibo como un invitado de honor.*

Durante lo que pareció una eternidad, Mikulov permaneció así. Era una batalla perdida. El dolor palpitante anegó su consciencia y lo mantuvo clavado a este plano, no al de los dioses. El sudor inundaba sus ojos, goteando libremente sobre sus rodillas desnudas donde las clavaba en la piedra. El latido y el goteo lo distraían, entrometiéndose en el ritmo adormecedor de las paredes. El pulso constante empezó a parecerse a las burlas de Gachev. Mikulov se vio asediado por una implacable igualdad: luz latiendo en las paredes,

piedras que centelleaban con un frío brillo, la humedad calando por sus grietas, liquen colgante que se mecía...

¿Se mecía?

Mikulov parpadeó y trató de recordar todo lo que había visto en los últimos instantes. Sí, percibía una pequeña y sutil alteración de la opresiva monotonía de la cámara. Intentó con furia identificar esa variación.

¿Los verdes brotes de vida débil y tenaz habían estado meciéndose cuando se había arrodillado? En ese caso, ¿cómo? No había la más mínima corriente de aire.

Observándolos, Mikulov estuvo seguro. *No, estaban quietos cuando entré.* No tardó en ver lo que ponía en movimiento los filamentos colgantes.

Un vapor turbio e insustancial se filtraba entre los ladrillos ante sus ojos. Flotando en el aire sobre él, era lo bastante frágil como para disiparlo con el aliento, pero transmitía una impresión de sustancia y amenaza. Mikulov vio diminutas vibraciones propagarse por él, ecos de las pulsaciones de la luz de las paredes.

Increíblemente, la cosa parecía tomar forma desde la fuente de aquella luz nacarada, y algo en su interior estaba podrido, ya que ahora goteaba pestilencia.

Había una nueva mezcla de colores en la sala: amarillo, verde y azul, pero tonos enfermizos de cada uno. Los colores, y lo que les daba forma, rezumaban y se fusionaban. Con la impresión de una enfermedad que se hacía más fuerte ante sus ojos, la mente de Mikulov luchó con un concepto que abarcaría esa presencia goteante: era un absceso. El corazón de la masa ondeante era un desafío para su percepción, su mismo centro parecía vacío. Era una *herida*, comprendió Mikulov, un tajo largo y fino colgado en el aire. Se enfrentaba tanto a sus sentidos como a sus expectativas, pues no tenía una forma vagamente humana, ni era una masa deforme, ni siquiera una aparición nebulosa. Más bien era una lesión incorpórea suspendida de la nada. Pero no había cuerpo, no había carne que hubiera recibido la herida. Más bien era como si el propio aire hubiera sido rajado con saña por un arma invisible. Pensó en alguna hoja que pudiera producir tal laceración y se llevó la mano de forma instintiva a la daga de puño en su costado.

Mientras Mikulov estaba paralizado, la mano sobre la empuñadura de su arma, la herida palpaba, expectante. En su estado de agotamiento físico, Mikulov se sintió abrumado por ella, amenazado por su existencia. Una afrenta a la realidad que comprendía, el tajo estaba claramente vivo, un ser místico enviado a desgarrar la cordura de Mikulov con tanta violencia como el aire había sido rajado por una hoja.

Cuando la aparición se movió, Mikulov retrocedió ante ella. Fascinado en igual medida que asqueado, Mikulov no era consciente de que estaba siendo embaucado, así que tardó en reaccionar. Cuando se dio cuenta, Mikulov agarró la daga de puño con la mano derecha y apuntó a la lesión. Una vez hizo esto, la actitud de la herida flotante cambió; contrarrestó los movimientos del muchacho, avanzando o retrocediendo en una danza macabra con el arma. Sus fintas y retiradas, comprobó demasiado tarde Mikulov, le daban una posición que lo ponía en gran desventaja. Ahora la herida bloqueaba la puerta, la única salida de la estancia.

Mikulov miró a su alrededor para asegurarse de que no había más cosas como aquella surgiendo de las paredes. La debilidad de sus piernas, espalda y hombros era demasiado intensa para pasarla por alto; su fuerza y su resistencia eran finitas y estaban llegando rápidamente a su fin. Quedar en punto muerto no era el estilo de los monjes del Monasterio Suspendido. Los maestros enseñaban a sus adeptos a encontrar soluciones a los problemas de la vida, no a quedarse empantanados en ellos. Debía superar la prueba lo antes posible, mientras le durara la fuerza. *Al diablo con la postura amenazante de la herida*, pensó Mikulov al correr abruptamente hacia la salida de la cámara.

La aparición se lo impidió. No contenta con limitarse a cerrarle el paso, se lanzó contra él en respuesta y atacó a Mikulov con salvajismo. Parecía golpearlo con todo su ser. El tacto de la herida era húmedo y quemaba. El novicio estaba furioso consigo mismo por haberse dejado sorprender. A pesar de intentar agacharse en el último momento, había recibido el golpe en la mejilla, y sintió una humedad viscosa gotearle por el cuello. Su corazón se encogió al pensar que había sido infectado. Se agarró la túnica que colgaba de sus hombros y limpió el líquido putrefacto, pero su quemazón permanecía. Retrocediendo, notó su presencia en todas partes, su sanguinolenta enfermedad sobre su piel, goteando incluso de su cabello lacio y aceitoso. Tumbado en el suelo, alzó con retraso su daga de puño para rechazar cualquier ataque subsiguiente, y al hacerlo se sintió inmediatamente como un idiota. ¿Por qué no había atacado con el arma por delante?

Ahora corregiría ese error. Se incorporó con esfuerzo y se lanzó contra la maligna aparición. Pero el ser contraatacó con tal rapidez que, aunque Mikulov estaba preparado, solo pudo usar su arma de la forma más simple: lanzando tajos a la herida, con saña pero sin liberar energía. Abrumado por el miedo, Mikulov no había logrado concentrarse y canalizar su espíritu, el poder al que nunca había necesitado recurrir con tanta urgencia.

Al recobrar la posición, esperando un segundo golpe, midió los efectos de la hoja. Hasta su débil uso de la daga había sido suficiente. La forma espectral tembló y pareció marchitarse. El tajo en el aire parecía mayor que antes, y de su fuente invisible la herida sangraba, salpicando las piedras de debajo. Mikulov observó horrorizado, porque al sangrar y sufrir crecía ante sus ojos. Con la sangre laténdole en las sienes, sintiendo aún

la adrenalina de su anterior ataque, supo que esa era su oportunidad, ahora, mientras la criatura se detenía para recuperarse; ¡debía atacar de nuevo, en ese momento! Así que volvió a lanzar la hoja ante él, y esta vez concentró su mente para invocar la energía que necesitaba.

Esta prueba era crucial y claramente un examen tanto de su destreza como de su iniciativa. En algún punto de su ejecución, el enfrentamiento era esencial para demostrar a los maestros que Mikulov era digno de seguir estudiando, y por los mil y un dioses que se lo demostraría.

Pero, para su vergüenza, no tuvo un éxito inmediato. Aunque dominar el poder se había vuelto algo instintivo en los campos de entrenamiento del Monasterio Suspendido, esto ya no era un entrenamiento. *Concéntrate*, se reprendió a sí mismo. *Céntrate en su liberación*. Contó los movimientos mentalmente, con rapidez pero con desesperación. *Fija tu mente en la necesidad. Concentra tu determinación; deja que tu deseo libere la energía de cada centímetro de tu cuerpo*. Pero su necesidad era tan grande que olvidó que el proceso no podía apresurarse, olvidó que debía moverse sin prisas, solo con decisión. Por tanto, su ataque fue impotente, rutinario, desasistido de poder.

Hasta el último momento. Al final la herida retrocedió para golpear de nuevo, y fue el miedo de Mikulov al contraataque lo que invocó la energía. Surgió en el instante en que notó que la criatura empezaba a responder; el pánico ante su incapacidad para rechazarla atrajo la energía del interior de su hoja, y un breve latido de poder brotó en todas direcciones. Sorprendido por su llegada, Mikulov perdió el control y fue empujado hacia atrás por su fuerza.

Al rodar, su cráneo chocó contra el suelo con violencia y, aunque intentó por instinto levantarse, se detuvo un rato muy largo, la cabeza caída, girando vertiginosamente. ¿Qué había sido de su habilidad con el arma? ¿Su dominio sobre ella solo había existido en su imaginación? ¿O la intensidad y el peligro de la prueba eran excesivos para él? Aunque no podía ver por sí mismo la gravedad de sus heridas, un vistazo a su oponente reveló que no había sido un choque desigual.

Por horrible que pareciera, Mikulov quedó aturdido ante un único hecho, inmediato y pesadillesco: era todavía mayor y más pestilente que antes.

Ahora la herida se cernía sobre él. Estaba caliente e inflamada; cada centímetro visible de ella ardía; prácticamente brillaba de violación. Las líneas de carne destrozada no eran limpias, como si hubieran sido cortadas por una hoja, sino más bien serradas y desgarradas, como si se hubieran abierto a mano. La criatura bullía violentamente, invisible, exhalaciones jadeantes subiendo y bajando en su interior. La sensación de maldad era incluso más pronunciada, y por vez primera a Mikulov le costó respirar, como

si cada aliento manchara sus pulmones de enfermedad. Y lo peor de todo era que ahora las tripas rajadas de la herida supuraban ácido abrasador por todas partes. Mikulov resbaló con un charco y su tacto era fuego.

La mente de Mikulov buscó un asidero, y en vez de encontrar su determinación, se abrazó a la fuente de su furia y descubrió que había un lago torrencial en su interior. Pero, tras su experiencia escalando hasta la cima con Gachev, sabía que hasta la furia era un regalo de los dioses. Dejando a un lado el desenfreno irracional, dominó su furia y la canalizó.

El estallido de la hoja fue puro, y la puntería de Mikulov certera. Surgió una gran lengua palpitante de llamas candentes, la más potente que había conseguido hasta ese momento. Haciendo retroceder a ambos combatientes, el poder saltó de la hoja como la ira personificada. La ola de energía se propagó hacia fuera hasta que rompió sobre las paredes de la cámara y se dobló sobre sí misma, golpeando a Mikulov y la herida desde ambos lados a la vez. El chico que soñaba con llegar a ser monje se perdió momentáneamente en la conflagración y se encontró al final tumbado boca arriba, abriendo los ojos, débil y conmocionado.

Su aliento surgía en forma de jadeos y daba gracias por la vida. Sin duda había sido suficiente; con certeza, la criatura había sido vencida. Quería girar la cabeza para mirar, pero no podía. Impotente, Mikulov sintió el amargo mordisco de la desesperación cuando la herida flotó ante sus ojos sobre él. La criatura era vil, y más grande y fuerte que antes. ¿Cómo era posible? ¿Estaban los dioses jugando con él? Miró de nuevo las entrañas goteantes y vio que, allá donde tocaban las piedras, chisporroteaban y salpicaban. Hasta la fuerza de sus excreciones se había vuelto más potente. Era como si estuviera alimentando un incendio en vez de apagarlo.

Y a Mikulov no le quedaba nada. Estaba tan agotado que cuando la criatura chorreó su corrupción sobre él, los estallidos abrasadores de la agonía que sintió no lograron despertar la energía suficiente para estremecerse siquiera. Vio su final con claridad absoluta: una muerte lenta, preso de la enfermedad y el sufrimiento.

—Eres idiota —oyó decir a una voz—. Eres orgulloso, impulsivo y débil. —Mikulov sabía quién era. *Gachev, que ha venido a ver por fin mi muerte.* Solo una porción diminuta de su mente tenía la fuerza suficiente para preguntarse: *¿No se había quedado en la entrada de arriba?* Supuso que era solo un recuerdo, sus propios miedos que cobraban voz en su momento más vulnerable, y no hizo caso. Pero Gachev no se detenía.

—Serás la vergüenza de tus hermanos, no solo de los que dejaste en el monasterio, sino de todos los que se han enfrentado a esta prueba antes que tú. —Las palabras se grabaron en su mente, porque sabía que eran correctas. En su orgullo, Mikulov había osado pensar que triunfaría donde tantos otros habían fracasado antes, pero él no era

distinto—. Concentrarte en tu mísero dolor te impide oír a los dioses. —Sí, era cierto; Mikulov seguía sin poder oírlos más allá de su agonía, nunca los había oído realmente. Hasta su elección de un mantra para llevar consigo, si hubiera pasado más tiempo buscando el consejo de los dioses, habría tomado otra decisión mejor. Habría basado su elección en el ataque, una arremetida arcana que habría aniquilado por completo a la herida. —Si sigues tus impulsos en vez de a los dioses, nunca me salvarás. —Vio lo idiota que había sido; ¿cómo podía salvarlo ahora la sanación? Solo prolongaría su agonía, reviviéndolo para otro ataque que solo haría crecer a la criatura...

Los pensamientos de Mikulov flaquearon según asimilaba las palabras de Gachev. *Nunca me salvarás. ¿Qué quería decir con salvarlo?*

—Si sigues tus impulsos, tú también morirás.

Mis impulsos. Mikulov bajó la mirada. El pergamino de sanación estaba en el bolsillo de su túnica hecha jirones, y cuando lo sacó vio que estaba chamuscado y manchado, casi destrozado por la conflagración y el poder antes siquiera de haber sido utilizado.

Sus ojos se alzaron de nuevo hacia la abominación infernal que flotaba sobre él, la horripilante y sórdida herida que cortaba el aire mismo de aquella cámara funesta, el tajo que no dejaba de crecer y crecer y crecer.

Y en ese instante, Mikulov comprendió.

Ciertamente, *no* seguiría sus impulsos.

Con los dedos ennegrecidos temblando, rompió el sello del pergamino y lo leyó. "Jaz vay pozdravju". Las palabras eran extrañas, incómodas para su lengua. "Prelusjem váz dobrey". Con una mano hizo gestos que había aprendido de sus maestros, aunque en su debilidad esos movimientos eran defectuosos y su concentración imperfecta. "Vimenju te teysoč in enje bogev obnovium vasz". Lo único que Mikulov logró a la perfección: las palabras y gestos apuntaban con precisión a la herida que flotaba sobre él, en vez de a sí mismo.

Tendido en el suelo, perdiendo su fuerza lentamente, pensó que era lógico. La propia naturaleza de la criatura parecía exigir esa acción. ¿Era posible librarse de una herida golpeándola? No, eso solo crearía una herida mayor. Uno solo podía librarse de una herida *sanándola*.

Sus actos habían sido peligrosamente irracionales. Retrospectivamente, Mikulov reconoció que la criatura nunca había iniciado un ataque. Se había limitado a contrarrestar los suyos. Mikulov se sintió idiota por sacar conclusiones precipitadas y

temer la intención misteriosa y macabra de la criatura. Aparte de vigilar la salida de la cámara, no había hecho ningún movimiento agresivo.

Por supuesto. Una herida en sí no era agresiva; lo era la persona que la causaba.

Cuando su boca formó las últimas palabras y el pergamino se convirtió en polvo entre sus manos, Mikulov levantó la vista y vio que los bordes serrados de la herida se habían cosido limpiamente, que la supuración viscosa se había reducido, que la enorme criatura era ahora más pequeña, mucho más pequeña, pero seguía siendo poderosa, lívida, y lo que era más importante, seguía flotando en la salida de la cámara. Cuando aceptó la evidencia que ofrecían sus ojos, Mikulov se sintió descorazonado, pues la efectividad del mantra había llegado a su fin. Su mente se aferró con desesperación a las palabras insondables que ya estaban borrándose de su memoria.

El mantra no era suficiente, y no tenía más. En silencio, gritó suplicando con violencia, apuntando mentalmente a los dioses: *¡Por favor, respondió a mi necesidad!*

La desesperación hizo que se abriera una puerta en su mente. Oyó una voz que lo regañaba: *Fija tu mente con firmeza en la necesidad*, y comprendió lejanamente que eran sus propias palabras de sus días en el campo de entrenamiento. *Concéntrate en ese requisito*. Y era un requisito, porque no saldría vivo de esa cámara si no lograba vencer a esa aberración sobrenatural. No, vencerla no, *sanarla*. *Deja que tu deseo libere ese flujo de energía desde tu mente hasta cada fibra de tu cuerpo y tu espíritu*.

Mikulov expulsó de su consciencia todos los pensamientos perdidos y se concentró por completo en la necesidad de curar aquella llaga. Realizó todas las pequeñas acciones que se le ocurrieron, por absurdas que fueran. Levantó las manos hacia la criatura. Movié los labios con voz ininteligible, murmurando palabras vagamente reconfortantes y tranquilizadoras, y cuando vio a qué poca distancia flotaba sobre él, extendió los brazos y abrazó a la criatura, sintiendo cómo la energía fluía hacia ella a través de él. Por fin, tras minutos aparentemente eternos de concentración insoportable, sus ojos se cerraron y sus brazos cayeron al suelo mientras el agotamiento se apoderaba de él.

Yació inerte, demasiado débil para moverse. El sueño lo reclamó por fin, un beso leve sobre su frente.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí, ni cómo había podido recobrar fuerzas suficientes para abrir los ojos y levantar la cabeza, pero por fin lo hizo y vio que estaba solo. No había nada flotando sobre él ni amenazándolo en modo alguno. Esperó largo tiempo, pero por fin aceptó lo que le decían sus instintos. La llaga ya no existía. La herida, sanada, había desaparecido.

Incorporándose sobre un codo, observó una segunda sala más pequeña que no había visto antes, apenas mayor que la celda de un monje en el monasterio; al parecer, sanar la herida había activado la apertura de aquella cámara. En su interior, Mikulov encontró sustento: una jarra de agua para saciar su sed y carne salada para alimentar su cuerpo. Débil como estaba, Mikulov no halló placer en reponerse. En vez de eso, comió y bebió lentamente, sin pasión, pasando cada momento contemplando todo lo que había aprendido. Examinó la cámara escondida y se preguntó por el instrumento que había obrado su ocultamiento. Era poder, claramente, quizás preparado por los maestros, diseñado para medrar a perpetuidad. Mikulov podía sentirlo con sus recién adquiridas habilidades; su prueba de aquel día había abierto de repente una puerta en su mente, y ahora descubría que podía sentir la fuerza de los dioses allá donde fluyera, al menos en un grado pequeño. Mientras mascaba mecánicamente la carne dura y la tragaba con agua, exploró la habitación con la mirada y descubrió que estaba rodeado por más poder del que había pensado en un principio. Mucho más.

Tragando, afinó su escrutinio.

Mikulov comprendió instintivamente que la invocación de un ser místico como la herida requería tanto control como mando; su aparición debía coincidir más o menos con las nuevas llegadas desde el monasterio, mientras que su desaparición —dependiendo de si había sido sanada— debía señalar la apertura de la cámara interior para alimentar al vencedor.

O para llevarse el cadáver del vencido.

Mikulov no solo podía sentir el poder, sino que ahora también reconocía su propósito: el ocultamiento. Los maestros habían escondido algo más allí. El corazón de Mikulov empezó a latir con fuerza al pensar en qué podía ser, pero enseguida impuso la calma en sus pensamientos y emociones, recordándose el medio que usaban los monjes del Monasterio Suspendido para canalizar la fuerza de los dioses: un espíritu equilibrado.

Sin prisas, Mikulov respiró profunda y uniformemente, y cuando estuvo totalmente en paz, extendió el brazo y tocó el poder y, con un movimiento de la mano, le ordenó: *Márchate*.

Así se reveló otra cámara, y los cadáveres de otros novicios que yacían en su interior.

Había muchos, todos desnudos, grotescos en su putrefacción, pero también suplicantes, desamparados en su abandono. Dados los pocos novicios que se sometían a ese desafío, los cuerpos de aquella cámara —algunos eran esqueletos cubiertos de polvo; otros cadáveres resacos en distintas fases de la descomposición— debían representar todos los niños rebeldes que habían soñado con convertirse en monjes desde hacía siglos. Sus ojos

se posaron en todos y cada uno, y por fin encontró uno que atrajo su atención, pues parecía ser más reciente que los demás, y también más grande.

Gachev siempre fue más alto que el resto de nosotros.

Mirando a los ojos de su antiguo torturador, Mikulov recordó que había oído la voz del muchacho en su mente. *Si sigues tus impulsos en vez de a los dioses, nunca me salvarás.* En aquel momento, Mikulov se había sentido confuso por el uso de la palabra *salvar*, pero ahora lo entendía.

A decir verdad, se dio cuenta Mikulov, con esa advertencia Gachev me salvó a mí.

Como sus cuerpos amontonados en la cámara oculta, ¿los espíritus de todos aquellos niños estaban atrapados? ¿Se refería Gachev a eso cuando dijo *salvar*? En ese caso, ya no estaban atrapados. Cuando las provisiones hubieron devuelto la vitalidad a su cuerpo y su mente, Mikulov regresó a la superficie para encontrar un lugar adecuado. No se sorprendió al comprobar que Gachev no estaba esperándolo, pero se sintió solo igualmente.

Nunca podría reunir leña suficiente para una pira funeraria, no para tantos cadáveres, pero esperaba que fuera suficiente que emergieran de su cámara escondida y experimentaran el calor del sol una vez más sobre sus huesos antes de yacer en su descanso eterno.

Tardó mucho en llevarlos en brazos; se vio obligado a hacer varios viajes, y la noche había caído hacía largo rato cuando terminó. Sacó a Gachev después que a todos los demás y puso su cuerpo encima de los otros. Descansó esa noche, pues no tenía prisa. Por fin llegó la mañana, y después de que sintieran el beso del sol por última vez, Mikulov los cubrió de piedras, creando un gigantesco monumento a los muertos del monasterio. No dijo nada cuando terminó. No se sentía capaz. En su lugar, se giró y se tambaleó en dirección al hogar, despidiéndose brevemente de los antiguos novicios, sus hermanos y hermanas perdidos.

Fue un día y medio después de su victoria cuando Mikulov realizó su regreso triunfante y sin prisas al Monasterio Suspendido. El sol había pasado su cénit hacía mucho y parecía desplomarse hacia el horizonte occidental, pero seguía iluminando el portal por el que había salido. Allí encontró a Vedenin, encorvado y marchito, cambiando incómodamente el peso de un pie a otro. Mikulov tenía la impresión de que había guardado vigilia en esa postura muchas horas, aunque su ceño fruncido parecía dar fuerza al anciano monje.

—Hace más de un día que terminó la prueba —dijo, y con esas palabras Mikulov averiguó muchas cosas. Como había sospechado, la desaparición de la herida había señalado el fin de la prueba, lo que no solo había activado la apertura del portal oculto, sino que también había alertado a los maestros. Llevaban todo ese tiempo esperando.

—El resto de mis hermanos se ha cansado; por eso solo quedo yo —dijo Vedenin. *Claro, pensó Mikulov. ¿Cómo iba a dejar pasar una oportunidad para criticar mi actuación ante la herida? Debe de dolerle enormemente que haya vuelto victorioso.*

Mikulov caminó lentamente y en silencio hacia él. —Tenía mucho que hacer, hermano —dijo, y aunque su voz estaba ronca por los nueve días de desuso, se sintió tremendamente satisfecho por el nuevo honorífico que había usado. El anciano ya no era el *maestro* Vedenin, sino el hermano, pues Mikulov se había ganado el derecho a ser un monje del Monasterio Suspendido. Pero sabía que su educación no había hecho más que empezar, que los maestros a menudo pasaban décadas instruyendo a los nuevos monjes, así que tuvo cuidado de no modular su voz con presunción ni orgullo; en su lugar, habló a Vedenin con el respeto correspondiente.

Y con la furia justiciera suficiente para impedir que el viejo monje respondiera.

—Encontré mucho más que comida y agua en la cámara oculta —continuó Mikulov, y vio que los ojos del monje se abrían ligeramente.

—¿Bastante para ocuparte un día y una noche? —dijo el anciano, con una indignación aparentemente no tan justificada como su enfado de momentos atrás.

Mikulov hundió su mirada en los ojos del hombre y no vaciló. Al cabo de un rato asintió y dijo: —En efecto, porque en las montañas hay poca leña, y debía enterrar a muchos de mis hermanos.

El recuerdo estaba fresco en su mente, y por el aspecto sorprendido de Vedenin, debía de ser visible también en su propia faz.

Vedenin y los demás maestros podían creer o no que Mikulov tuviera éxito, pero claramente no esperaban que descubriera los cadáveres escondidos.

Mikulov pasó al lado de Vedenin. No fue un movimiento apresurado ni brusco, pero sacó al viejo monje de su estupefacción. —Llegas tarde y los estudios te esperan —ladró a sus espaldas—. Irás al liceo inmediatamente.

Mikulov negó con la cabeza, cansado, todo su esfuerzo pesándole de repente. —Todavía no, Vedenin —dijo—. Antes comeré; luego me bañaré.

Los ojos del monje se entrecerraron con furia, y solo con un esfuerzo visible pudo mantener la apariencia de su autoridad habitual. —Debes dirigirte a mí como... —titubeó—. Como hermano Vedenin.

Mikulov se permitió sonreír. *Oh, cómo debe de irritarle ser incapaz de decir maestro, caviló. Cómo debe de odiar el hecho de que ahora seamos hermanos.* Pero entonces lo asaltó un nuevo pensamiento, y su sonrisa se desvaneció. *Soy uno de los más jóvenes que ha llegado a ser monje.* La gratitud lo abrumó.

—Estudiaré, hermano —dijo con auténtica humildad y respeto—. Pero apesto a cadáver y no insultaré a los dioses acercándome a ellos tan sucio. Primero comeré; luego me bañaré, y entonces estudiaré. —No caería en la trampa, y sus días de aceptar la condescendencia habían terminado. Mientras el anciano balbuceaba, Mikulov se alejó, diciéndole por encima del hombro—: Buenas noches, hermano.

En su regreso al Monasterio Suspendido, Mikulov había pensado mucho en la soledad que había teñido su vida, y se percató de que con su éxito en las montañas había logrado por fin la familia que había buscado durante tantos años. Pero no había sucedido como había planeado. Aunque se esperaba de él que se dirigiera a los demás monjes con "hermano" o "hermana" a partir de ahora, la auténtica familia de Mikulov estaba en otra parte. Sus parientes más cercanos descansaban detrás de él, en la cima de la montaña, no dentro del monasterio.